



TIRO DE PRISMÁTICO

RECUERDOS

EL MENSAJE DE LA VIDA

Es una desapacible y lluviosa tarde de este recién estrenado invierno. Me encuentro sentado en un confortable sillón; arropado por el calor del hogar y mirando cómo en la ventana las gotas de lluvia forman finos hilos de agua que se deslizan por la transparente superficie del cristal, cuando de pronto mi mente comienza a llenarse de recuerdos.

Recuerdos que en forma de ruidos e imágenes se han ido acumulando en mi mente a lo largo del año, el mismo que ahora termina. Recuerdos que ahora, mientras fuera el agua no deja de caer, llegan a mí diáfanos y claros como si de una película de tratara.

RECUERDOS que me transportan aquel tejado cubierto de escarcha, que evidencia lo fría que ha sido la noche que ahora termina. Como por arte de magia el blanco manto helado se va tachonando de negro, al tiempo que una cotidiana y archiconocida "diana" llena el aire de aquel amanecer de finales de Febrero. Son los estorninos que impertérritos desde lo alto del caballete se encargan de despertar al resto de los inquilinos del enorme caserón.

Poco a poco el sol va fundiendo la escarcha y al conjuro de su presencia van apareciendo palomas, gorriones, cernícalos, que junto a

los ya citados "tordos", forman una variopinta y abigarrada colonia de aves, todas ellas extratégicamente bien situadas para recibir de los oblicuos y tenues rayos del sol el máximo de calor; mientras afanosamente se dedican al acicalamiento de sus plumajes...

RECUERDOS de aquella primavera que avanzó despacio pero sin detenerse y que fue desgranando paso a paso uno de los capítulos más hermosos de la vida: la perpetuación de las especies.

Desde la vecina torre y a través de la ventana me llega el saludo de la cigüeña, que a falta de consorte ella sola guarda celosamente el nido y se ocupa de aportar nuevos materiales para su conservación.

Mezclado con la música del radio cassette escucho cien veces repetido "tu-tu" de la abubilla. Canto que a todos nos hace presagiar para ese día un tiempo bonancible.

El estrepitoso y alocado carrusel de los vencejos llenan el cielo azul de las mañanas de Mayo y Junio; mientras aquella golondrina, puntual e invariablemente, recorre mi calle a diario. Contemplar sus idas y venidas es un espectáculo, no por cotidiano, menos sorprendente...

Y llega el verano. Recuerdo las "siestas" de Julio y Agosto. Torrentes de sol caídos desde lo alto difuminan los perfiles de las casas. Las calles, ahora solitarias, denotan la acción severa e implacable del astro rey. El campo, amarillo, reseco y aplastado es otra obra esculpida por el sol que desde hace varios meses reina como un déspota en el cielo, machacando cruelmente la tierra.